

138 *Las Aventuras de Gil Blas.*

para tan largo viage, y desde allí enderezarse al de la gran Metropoli del mundo, despues de lo qual no volví á tener noticia de él.

CAPITULO XIII.

*Exercicios de Gil Blas en su desierto. Improviso arribo de Fabricio con otro compañero. Quién era éste; y relacion de las aventuras de aquel, desde la última vez que habia visto á Santillana.*

Veisme aquí pues, real y verdaderamente solitario por la segunda vez. Mi continua aplicacion á la letura de los libros, que enseñan la filosofia moral, me habia llenado la mente de las ideas mas singulares de aquella ciencia utilísima sobre todas las demás ciencias: y cotejando entre sí todos los sistemas de los Filósofos, asi Etnicos como Christianos, compuse un libro en el espacio solo de dos años, cuyo titulo era *Etica universal*. El libro primero trataba de todas las sectas de los Filósofos Gentiles, y de sus diversas opiniones, deteniéndome mucho en las de los Estoycos, Epicuréos, Platónicos y Aristotélicos. En el segundo discurría sobre las de los Hebreos y Christianos, haciendo

.V. ONCUNA

*Lib. XIII. Cap. XIII.* 139

una análisis de todos los libros Morales de los Santos Padres y sus Comentadores. En el tercero procuraba conciliarlos á todos lo mejor que me fue posible. Puntualmente al mismo tiempo que acabé de componer este volumen, sentí resonar en mi caberna el eco de una voz, que me pareció haber oído ya otras veces, y queria conocerla. Lleno de curiosidad salí apresurado de mi pequeño estudio, ó estrecho gabinetillo, y (¡ó Santo Dios!) ¡qué admirado me quedé, quando ví entrar en mi hermita al Poeta de Asturias, acompañado de una muger desconocida! ¿Qué es esto, Fabricio? le dixé todo sobresaltado. ¿Quién te dixo dónde estaba yo? ¿Y qué vienes á hacer á esta soledad con ese objeto peligroso y tentador? Si fue grande mi admiracion al ver á Nuñez en un lugar tan separado de todo humano comercio, no fue menor la suya de haberme encontrado en él. Amigo Gil Blas (me respondió) una pura casualidad me conduxo á este sitio, y yo verdaderamente estoy pasmado de verte inquilino de una cueva, que solo creí pudiese ser habitacion de alguna fiera. Por lo que toca á la compañia que traygo conmigo, sábeta que es mi legitima muger, qualidad que debe bastar para quietarte, y para no dar lugar á los escrúpulos, que sin esta noticia podian perturbar tu delicadeza. Ora bien (reliqué yo) entra mas adentro, sentémonos, y cuéntame por qué has dexado á Madrid, y cómo te trata tu poesia en estas sole-

s.2

da-

dades, de que dicen ser las musas tan amigas. Todo lo contaré (repuso Fabricio); pero ya que he encontrado á un amigo (y tal amigo) donde nunca podia imaginar que fuese posible encontrarle, debo ante todas cosas decirte con la mayor confianza, que mi hambre y la de mi muger es muy superior á los deseos que tengo de complacerte, porque en día y medio no hemos probado bocado, y en los días antecedentes toda nuestra comida se reduxo á algun poco de fruta y algunas yerbas silvestres. Considera ahora tú, si estaré para empeñarme en hacerte una larga relacion de mis sucesos, y la que deseo oírte de los tuyos, con tanta curiosidad, como tú tienes de informarte de los míos. Ninguna dificultad tuve en creer lo que me decía, y quedé enteramente persuadido de su verdad, quando poniéndole delante algunos platos de lo mas exquisito y reservado que habia en mi despensa, vi que en un instante se lo engulló todo con grandísima voracidad. Su muger hizo lo mismo, tanto que uno y otro me dexaron muy pagado del honor que habian hecho á mi repentino desayuno ó colacion.

Despues que dexaron contento y satisfecho su apetito, refocilado Nuñez y revestido de su natural acostumbrado desembarazo: ahora sí, amigo Santillana, me dixo, que puedo complacerte; mas para que todavía lo pueda hacer con mayor espíritu, será preciso, que la relacion de tus sucesos preceda á la de los míos, y que así

co-

como has satisfecho mi hambre con una colacion digna de Lucúlo, así tambien sácies mi curiosidad, refiriéndome el motivo que tuviste para enterrarte vivo en una sepultura tan contraria á las grandezas de la Corte. Tomé entonces la palabra, y le informé muy por menor de todo lo que me habia sucedido despues de la desgracia del Conde de Orvalies, que el mismo Nuñez me habia pronosticado, y se mostró el buen amigo muy penetrado de la valerosa resolution con que abandoné todo lo que poseía en el mundo, y me vine á sepultar en esta cueva. Despues de esto, para cumplir lo que me habia prometido, dió principio á la singular historia de sus raras aventuras, y su relacion fue de la substancia siguiente.

Ya te acordarás que la última vez que nos hablamos, salia yo de casa de un impresor, donde se estaba imprimiendo cierta obra Cómica, que la necesidad me habia obligado á componer, de la qual estaba yo tan pagado, que consentí en que me habia de valer tesoros; pero la misma experiencia me enseñó lo mucho que me habia engañado en aquel juicio, porque ninguna aceptacion tuvo en el público, tanto que me ví precisado á vender en las especierias á peso de papel un trabajo, que me habia costado tanto tiempo y tanto sudor. Al descrédito de la obra se siguió tambien el desprecio del Autor, de manera, que en todo Madrid ninguno hacia ya caso de mí, cesándome tambien el beneficio de

de la mesa *gratis data*, que todos los días hallaba puesta en casa de aquel rico Contador, de quien te hablé alguna vez. Facilmente hubiera vuelto al hospital, si mi espíritu, fecundo en recursos, no me hubiera sugerido el modo de vivir y de comer, á pesar de la fortuna, que ingratamente se me escapaba, sin que la pudiese asir ni siquiera por un cabello. Supe que una compañía de comediantes estaba en visperas de embarcarse para México, puntualmente por aquel mismo tiempo en que tú te estabas regodeando en tu castillo de Liria. Sabía que los tales cómicos eran todos de poquísimísima habilidad, y sin aquellos requisitos que son necesarios para hacer buena figura en el teatro. Su impresario, ó llámese sino su director, era un tal Leandro, que en el corral del Príncipe había servido de soto-espavilador. Este hombre tuvo valor para ofrecerse á suplir por uno de la tropa, que había enfermado gravemente, y debía representar uno de los primeros papeles en cierta tragi-comedia, y le favoreció tanto la fortuna, que logró el aplauso universal, y desde luego fué admitido en el número de los comediantes. Había conocido yo al tal hombre, ó chuchumeco, porque quando era soto-espavilador, muchas veces me había alumbrado, para que leyese mi original, mientras hacía yo de apuntador en algunas comedias mías que se representaron. Viéndole pues ahora elevado á la dignidad de director de la tropa, destinada pa-

ra Nueva-España, me le fuí á ofrecer para servir á su compañía en todo lo que podia ocurrir, como v. gr. para mudar las relaciones de alguna escena, desterrar algunas antiguallas teatrales, y substituir otras de moda, &c. &c. No crearás el modo con que aquel hombre me recibió: no se descubria en él el menor rastro del antiguo soto-espavilador. Presentábase con una grandísima magestad y gravedad: sus palabras eran pocas, pausadas y guturales; el ayre tan altanero, tan tieso y tan desdeñoso, que qualquiera otro de menos espíritu que el mío, se hubiera cortado, acobardado y enmudecido. Pero yo afecté una grande serenidad é indiferencia, y mezclando las súplicas con la persuasion, conseguí en fin ser admitido al importante empleo de poeta de la tropa, con una asignacion á la verdad baxísima, y aun indecentísima; pero al cabo con la apreciable añadidura de sentarme á la mesa de los comediantes, la qual, quando tal vez no sea la mas delicada, siempre es abundante y substancial.

Con efecto nos embarcamos en Cádiz, llegamos á México sin desgracia; y durante el viaje, dí un repaso á las comedias, animé con algun brio varios pasages insípidos y frios, que se encontraban en medio de las declamaciones, y en suma reformé insensiblemente todo su sistema. No paraban aquí mis atenciones. Enseñaba á representar á los actores, y á fuerza de obligarlos ya á alzar, y ya á baxar la voz, procu-

raba corregirles sus defectos, acomodando lo mejor que me era posible á la naturaleza los particulares tonillos con que la echaban á perder los recitantes. Quería que las acciones fuesen correspondientes á las palabras, y que tanto unas como otras expresasen bien las pasiones de que se suponían poseídos. En fin no perdoné diligencia alguna de mi parte, para que mereciese la general aprobacion hasta el mas zambo de los comediantes. Lució bien mi trabajo, como se vió en la primera representacion. No se oía otra cosa, que continuas alegrísimas palmas, acompañadas de repetidos y aun interminables *vivas*, siempre que salía al teatro algun nuevo personaje, como tambien quando se terminaba alguna escena; por lo que quedáron muy contentos de lo que yo les habia enseñado; y yo quedé mucho mas satisfecho que ellos, no tanto por la vanidad de ser reconocido por autor de su reforma, como por el interés del aumento que con este motivo añadieron á mi pensión.

CA-

## CAPITULO XIV.

*Costumbres de los Comediantes de México, y matrimonio de Fabricio con una Comedianta de la misma tropa. De un Charlatán famoso en aquella Capital, y con que ocasion ó motivo se halló el Poeta de Asturias en la gruta del Anacoreta del Canadá.*

Mientras tanto (prosiguió Fabricio) con motivo de estar continuamente tratando con aquella casta de gentes, insensiblemente fui tomando el gusto á las irregularidades y desordenes de su género de vida, y me parecia que era una envidiable libertad, y digna del siglo de oro la que ellos se tomaban, para abandonarse sin el menor reparo á todo genero de disoluciones. Observé que, sin hacer el mas mínimo misterio, los maridos eran los rufianes de sus propias mugeres, que ellos mismos las llevaban á casa los galanes y los petimetres, dexandolos á solas con ellas, quando creían que pagarian bien las complacencias, que les dispensasen. Lo mismo hacian la madres con las hijas, teniendose por una grosería y rusticidad imperdonable, sino dexaban

TOMO V.

T

ban